

PRIMER CATÁLOGO DE BAGUIOS FILIPINOS

(Continuación)

Por otra parte entraba tanta agua en ella, que en la proa llegaba ya a 56 puntos. Y en nuestra habitación, que estaba el plan de la cámara, aunque fuera de ella, había tanta agua, que los violentos balances de la nave formaban olas, y nos cubrían algunas veces dentro de nuestros catres. Y no sólo esto, sino que con tan violentas sacudidas de los vaivenes se destrozaron los más de los catres nuestros, se desencajaron los trastos y cajas que estaban fuertemente amarrados y ligados; y empezamos a rodar de babor a estribor (como dicen los de marina), revueltos con tantas sarcinas e inmundicias y con las bestias de la nave que huyendo de la muerte naturalmente buscaban algún asilo, de modo que hubo Padre a quien se le metieron tres puercos en el catre, sin poderlos repeler y por fin hubo de salirse; y al mismo Padre Provincial se le metió uno tan grande y pesado que, a no haber pasado por allí un oficial de la nave, que con trabajo le arrancó del catre, hubiera sofocado al Padre. ¡Tales son los efectos que causa el horror de la próxima inminente muerte, hasta en los mismos brutos! De día y de noche se procuraba achicar el agua de la bodega, a lo que ayudaban los Padres y Hermanos que tenían todavía algunas fuerzas para ello; pero en balde, porque siempre era más el agua que entraba que la que salía, a más de que una bomba se inutilizó desde el principio de la tormenta, y la otra el segundo día ya apenas servía; y aunque hubiera estado buena, ya no había hombre con fuerzas para aplicarle la mano, ni aun para poderse mantener de pie en el navío por la violenta agitación y balances irregulares de la nave y por la extremada fatiga de tanto tiem-

po sin comer ni dormir, ni descansar de día ni de noche, trabajando amarrados con cuerdas para que las olas no los arrancaran y arrojaran fuera del navío, y combatidos continuamente de la lluvia, de los vientos y de las olas. Ya estábamos sin velas desde el principio de la tempestad, que a los primeros soplos fuertes del viento volaron por los aires hechas trizas. Ya se había aligerado la nave cuanto permitía el tiempo, arrojando al mar las cosas de sobre cubierta; lo de la bodega no se podía tocar, porque la continuación de las olas que pasaban sobre el navío no permitía abrir las escotillas sin que se metiesen por ellas. Ya se había picado el palo mayor, y el de mesana que con sus masteleros, vergas y jarcias fueron a dar a la mar. Y, en fin, ya la gente estaba del todo rendida y sólo quedaban dos pilotos y el contramaestre que andaban arrastrando, no para remediar cosa alguna, que no eran capaces de ello, sino para observar cuándo la nave acababa de zozobrar, pues ya tenía la mitad de la proa metida sin poderla levantar sobre el agua. En este estado entramos en la triste noche del tercer día de la tempestad, entregada del todo la nave desarbolada, llena de agua y sin gobierno alguno, al furor de los vientos y al combate del Océano en extremo exasperado con sus ondas encontradas y sin esperanza alguna de humano remedio; y sólo un piloto, el más alentado, a su juicio alargaba nuestras vidas, y cuando más a cuatro horas, que podía tardar la nave a irse a pique, si no se la sorbía antes algún monte de agua, o no la descuadraba del todo. ¿Qué haríamos entonces cuatrocientas personas, que nos hallábamos en aquel conflicto, luchando entre ti-